

De Galicia a Bilbao y vuelta

Se fue porque no podía soportar el llanto ni las caras mojadas por las lágrimas. Se dio cuenta de que algo no iba bien cuando vio que su padre tenía el rostro siempre bañado en sudor. Varios años atrás lo había visto permanecer durante dos semanas en la cama después de que lo coceara un caballo. Su cabeza estaba vendada y tenía un estupor letárgico en los ojos. Había rostros compungidos y la preocupación estaba en el ambiente, pero él sabía que se iba a recuperar. Y, en efecto, pronto todo aquello no fue más que un recuerdo y su padre volvió a ser el hombre enérgico de siempre.

Sin embargo, cuando vio aquellos ojos hundidos y vidriosos y, sobre todo, aquel copioso sudor no quiso volver a entrar en la habitación. Su padre dejó de existir para él una semana antes de que lo enterraran. La humedad que había visto en el rostro de su padre pareció haberse trasladado a las caras de su madre y sus hermanos. No paraban de llorar. No fue el hambre que se empezaba a pasar en aquella casa lo que lo hizo reaccionar, pese a ser el menor de todos. No podía soportar aquellos ojos acuosos que inundaban las caras de su madre y sus hermanos de tal modo que ni los pañuelos ni las mangas que constantemente se pasaban por los rostros eran capaces de dejarlos secos ni un solo instante.

El pequeño pedazo de tierra que poseían no daba lo suficiente para mantenerlos a todos. Mientras vivía su padre, siempre encontraba trabajos temporales para ir saliendo adelante, la siembra y recogida de patatas, la vendimia, la siega en la vecina Tierra de Campos. Pero ahora no era fácil encontrar dónde sacar un jornal desde que la filoxera había arrasado todas las viñas de la comarca. La vid era el principal cultivo de la zona y el que daba algo de dinero para todo lo demás. El resto de la familia estaba paralizado, nadie parecía dispuesto a tomar iniciativa alguna y ni siquiera se tocaba el poco dinero ahorrado que había en la casa.

Visitó hasta a cinco propietarios de los que solían dar trabajo a su padre en sus tierras y recibió excusas, en las que invariablemente se mencionaba el parásito de las viñas, acompañadas de vagas promesas para el futuro. Cuando una mañana comunicó su decisión de marcharse, las lágrimas fueron, una vez más, la respuesta que recibió y que no hizo más que reforzar su determinación de abandonar la casa. Reunió algunas provisiones y no prestó atención a las protestas de uno de sus hermanos cuando lió para llevársela una de las mantas raídas con la que ambos se tapaban en la cama que compartían. Bebió una taza de leche de la cabra recién ordeñada y echó a andar en medio de una fina llovizna que le empapaba la cara.

Donde le permitían trabajar se detenía uno o dos días. Tenía cierta destreza en las labores del campo, sabía herrar caballerías y era capaz de estar horas y horas cortando leña sin descanso. Pasó más de una noche al raso, mal envuelto en su mantucha y alguna vez entró sigiloso en algún corral para coger un conejo o una gallina que desnucaba antes de que nadie pudiese advertir su presencia por el ruido. Caminando casi siempre y, a veces, subido en alguna carreta, cubrió los 400 kilómetros hasta Bilbao en poco más de un mes.

La construcción de nuevos tramos de ferrocarril necesitaba mano de obra abundante, por eso le resultó fácil conseguir un trabajo de peón. Aunque era flaco, a sus catorce años tenía casi la estatura de un hombre adulto. Desde entonces no creció un solo centímetro más, ni tampoco aumentó apenas su corpulencia. Pero eso nunca representó un problema para él. Se movía con una rapidez fuera de lo común y sus fuerzas jamás parecían flaquear. Empezó cavando zanjas. Le resultaba más ardua la tarea de hacerse sitio en un mundo de adultos que el manejo del pesado pico. Había muchos gallegos trabajando allí, pero no quiso incrustarse entre ellos. Entendía bastante bien el castellano y pronto adquirió soltura para expresarse en esa lengua poco hablada en su aldea. Nunca fue de mucha ración. Comía sin entusiasmo y sin desagrado el rancho que les servían a mediodía. Por la noche, iba a la cantina que había junto a los barracones y pedía un plato de legumbres. Los días que había trabajado más horas de lo habitual, se permitía pedir uno o dos huevos fritos. No solía participar en las francachelas que ponían broche a las jornadas de trabajo agotadoras. Ofuscación sobre embrutecimiento. En una ocasión trataron de que se emborrachara

con un grupo cuando ya estaban todos bien servidos de alcohol. Se bebió el primer vaso de vino al que lo invitaron. Él sólo se permitía beber un vaso de vino en muy contadas ocasiones. Parte del dinero que ganaba era para su madre y sus hermanos que, por lo que él sabía, seguían sumidos en el llanto y la pobreza. Se negó a aceptar el segundo vaso que le ofrecían. Sonriendo, pero con determinación. En ese momento Manuel Canseco, un capataz extremeño corpulento y desmedido, se dirigió a él agresivamente diciendo:

—Mira, galleguito, cuando un veterano lo invita a uno a un vaso, se acepta y se bebe.

—Hoy ya he bebido todo lo que iba a beber— respondió tranquilamente.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para hablarme a mí así?

El hombrón se abalanzó sobre él con una botella de vino en la mano y pretendió aprisionarle el cuello con la flexura del codo del brazo que tenía libre. Antes de que lograra cerrar el brazo en torno a su cuello, Luciano ya lo había derribado. La botella reventó bajo su corpachón y en el suelo de tierra se formó un charco en el que se mezclaba el vino con la sangre que manaba de un corte en el antebrazo que Canseco agarraba con la mano. Cuando se puso de pie estaba pálido. Uno de los acompañantes de Canseco cortó una tira del faldón de su camisa y sin decir palabra lo anudó tratando de contener la hemorragia; la herida tenía un aspecto feo. Ya había dado un paso atrás y vuelto la cabeza cuando otro de los que habían hecho un círculo alrededor de los dos antagonistas blandía un madero para golpearle en la cabeza. También en esta ocasión se adelantó y lo derribó con un fuerte cabezazo en el vientre. Cayó con él al suelo y rodó hábilmente hacia el tablón que había soltado su agresor.

Asió el madero con ambas manos y saltó a horcajadas sobre su oponente para presionar con todas sus fuerzas con él sobre su cuello.

Luciano gruñía furiosamente cuando entre varios lo levantaron prácticamente en vilo para separarlo de su víctima. Lo arrojaron contra una esquina, pero nadie se atrevió a acercarse a él.

—Maldito rapaz. Esto no va a quedar así—, fue la despedida de Canseco al alejarse con su grupo de amigos.

Aquella noche no pegó ojo. Se acostó con una navaja en la mano, pero nadie se acercó a su camastro. A la mañana siguiente pidió ir a picar al túnel que estaban construyendo en las cercanías de la costa. Allí, en un rincón y con el pico en la mano se sentía más seguro. Pero tampoco a lo largo del día, ni en los días sucesivos tuvo que hacer frente a ningún agresor. Nunca hasta entonces se había peleado con nadie. En su aldea todos daban por hecho que era más fuerte y más rápido que todos los de su edad y sólo en un par de ocasiones había participado con desgana en una de aquellas *loitas* a las que eran aficionados los mozos más aguerridos de la aldea. Había *loitado* con dos forasteros que quisieron retar a los del pueblo. No le costó demasiado derribarlos y no encontró en ello ni mérito ni placer.

Poco después del percance con el extremeño surgió la ocasión y pidió destino en otro tramo para intentar olvidar lo sucedido. Supo que la herida de Canseco se infectó y la cosa terminó en una amputación casi a la altura del codo. El manco regresó a Extremadura y todo el mundo pareció comprender que el accidente había sido fortuito y que él no había hecho otra cosa que defenderse de la acometida del capataz borracho que, por otra parte, era mayor y mucho más corpulento que él. De todos modos, no pudo evitar que lo acompañase cierta fama de matagigantes. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo se vio envuelto en otra pelea. Las demostraciones de fuerza, cuando no de crueldad, propiciadas por el abundante consumo de alcohol, eran un entretenimiento frecuente para sacudirse el tedio tras el trabajo en la instalación de la vía férrea. Una de aquellas tardes en las que hombres solos y alejados de su entorno y su familia buscaban en el aturdimiento un imposible lenitivo a su vacío, otro bravo reparó en la figura menuda de Luciano que cenaba en un rincón de la cantina y se dirigió a él desafiante.

—¿No fue éste el que mandó para Cañaverál con un brazo de menos al cabronazo de Canseco?

Luciano se limitó a mirarlo brevemente y hundió de nuevo la vista en las habichuelas estofadas que llevaba del plato a la boca parsimoniosa y ceremoniosamente con su cuchara de madera.

—¡Venga, hombre, vamos a ver si te atreves conmigo!— lo retaba.

—Déjame tranquilo, que yo no me meto con nadie.

Más tozudo que borracho, seguía porfiando. Luciano se dio cuenta de que no lo iba a disuadir con palabras. Lo miró. Le debía de llevar al menos la cabeza. Pensó que su baza estaba en atacarle por lo bajo y derribarlo antes de recibir algún golpe. Una vez en el suelo ya vería la manera de neutralizarlo.

Permitió que el otro siguiese su avance hacia él profiriendo bravatas. Cuando estimó que la distancia que los separaba empezaba a ser comprometedora, saltó súbitamente del banco en el que estaba sentado para pasar sus dos brazos por detrás de las rodillas de su oponente, las abrazó con firmeza y tiró fuertemente hacia arriba. Se oyó un sonido sordo como el de una calabaza que cayese desde lo alto cuando la cabeza del fanfarrón golpeó el suelo de tierra de la cantina. No hizo falta nada más. Allí quedó desmadejado y sin reaccionar a las voces y sacudidas de sus acompañantes. Luciano acabó tranquilamente sus habichuelas y cuando salió de la cantina su oponente todavía no se había repuesto pese al cubo de agua que habían vertido sobre su cabeza. Lo tranquilizó no ver sangre en el suelo y que tampoco salía de los oídos, la nariz o la boca del gigantón yacente.

A la mañana siguiente ya estaba trabajando en una zanja. Llevaba un aparatoso vendaje en la cabeza y si reparó en Luciano fingió no haberlo visto. A partir de aquel lance, nadie volvió a importunarlo. Desde su llegada, se había esforzado en trabajar duro y nunca había rehuido faena alguna. Su obsesión era que su labor no desmereciera de la de cualquier adulto. Sin embargo, parecía que se fijaban más en su aspecto que en las tareas que desempeñaba. Era casi un niño y esa era la imagen que parecía proyectar. Que fuese capaz de hacer lo mismo que haría cualquiera de los peones más curtidos les parecía una curiosidad, casi una extravagancia. Lo tenían etiquetado como un crío y como tal lo consideraban, hiciera lo que hiciera. Eso cambió a partir de aquellas dos peleas, especialmente después de la segunda. Además de que ningún otro trabajador del ferrocarril volvió a desafiarlo, todos, incluidos los capataces y los jefes de cuadrilla, lo trataron desde entonces como a un adulto en todos los sentidos. Cuando le encargaban un trabajo difícil, no lo hacían como antes con la intención de probarlo y, en el fondo, esperando que fallase o que sus fuerzas no le

alcanzasen para realizarlo. Ahora, le daban las órdenes sabiendo que las iba a cumplir como el más capacitado de los peones. Eso le valió también ganar algún dinero extra. De vez en cuando le tocaba hacer alguna tarea especialmente difícil o arriesgada. Por ejemplo, cuando había que afirmar algún talud que corría el riesgo de venirse abajo, se recurría a él. Su arrojo y su agilidad, favorecidos por su escaso tamaño, le permitían meterse donde hiciera falta, sobre todo si había propina a la vista. En una ocasión se había derrumbado parte de un túnel y varios trabajadores habían quedado aislados y fue él quien, por el estrecho orificio apenas apuntalado, les pasó agua y algunos víveres hasta que pudieron agrandar el hueco por donde liberarlos.

Hasta entonces, nunca había frecuentado la iglesia. Y si empezó a hacerlo fue para buscar a alguien de quien fiarse para mandar el dinero a su familia. Cada domingo se acercó una por una a todas las iglesias de la comarca, hasta que encontró un cura viejo de mirada franca que le pareció, sin saber muy bien porqué, merecedor de confianza. Creyó que él también debía hacer algo por el clérigo y fue así como empezó a ayudarlo en las misas del domingo. Aprendió pronto a contestar en latín a los rezos. Contribuyó a ello que no entendía nada de lo que decían ni él ni el cura, y así todo resultaba más fácil. Era una rutina sin significado. Gracias a aquel sacerdote pudo conseguir que su dinero llegase con regularidad a la casa de su madre. Por el mismo conducto le llegaban las noticias de allí. Así supo que su hermana mayor se había casado y que la pequeña estaba bien colocada sirviendo en la casa de un comerciante de A Rúa. Entonces redujo de sus envíos la cantidad que le pareció conveniente por la existencia de dos bocas menos que alimentar.

Por el mismo conducto le llegó en su día la noticia de la muerte de su madre. Desde ese mismo momento pensó en dejar el trabajo en el ferrocarril. Después de cinco años de malvivir, pese a que había mandado una parte no pequeña de su paga a la familia, había reunido la cantidad de dinero suficiente para pagarse un pasaje a Cuba. Había oído hablar de que, con algo de suerte, podía uno hacerse rico en la isla. Ahora que su madre ya no vivía, se sentía relevado de sus obligaciones familiares. Esperó a que la primavera dulcificase algo el tiempo para no tener que viajar bajo un perpetuo manto de lluvia, y cuando los días empezaron a alargarse y el sol se abría paso entre las nubes, se despidió de los patronos del ferrocarril. Hicieron algún tímido intento de

retenerlo prometiéndole que en cuanto quedase disponible un puesto de capataz sería para él. Agradeció la inconcreta oferta y les dijo que si querían hacer algo por él que le vendiesen una de las mulas con las que trabajaban en la obra. Escogió una de escaso porte, pero muy resistente y de carácter dócil, con la que había trabajado en alguna ocasión. Le costó poco reunir y poner a lomos de la mula sus escasas pertenencias y se dispuso a partir. Quería visitar la tumba de sus padres antes de embarcarse para ultramar y comunicarles a sus hermanos que a partir de entonces tendrían que valerse por sí mismos.